

MADRIGALEJO

Ya sé dónde va.

MOLINA

Sí, sí, cuando le levantaron á vuestra merced que le habían hallado una noche y encima de un caballete en casa del chantre.

MADRIGALEJO

Tiene razón, pero ¿qué monta? que si ellos supieran entonces á qué iba, de aquella hecha me ponían de la gorja como calabazón en garabato.

MOLINA

Decían que le habían tomado con una antepuerta y con un capote guarnescido de un lacayo del mismo dueño de la casa.

MADRIGALEJO

Así es la verdad, que como no pude habelle á las manos para matalle, cogíle, por vengarme, lo primero que me vino á la mano.

MOLINA

Ya, ya, ya; y an por eso decía el pregonero: «¡Á este hombre por ladrón!»

MADRIGALEJO

¿Vió vuestra merced mejor ánimo de hombre en los días de su vida quel que yo llevaba encima de aquel asno, con ser el verdugo el mayor enemigo que tuve en toda aquella tierra?

MOLINA

Es la verdad.

MADRIGALEJO

Tan encarnizado le vi contra mis espaldas, que dos ó tres veces estuve para descagalbar del asno y no aguardalle más.

MOLINA

Pues ¿por qué no lo hacía, señor?

MADRIGALEJO

¿Por qué diz que no lo hacía? Porque iba atado, pecador de mí.

MOLINA

Yo me espanto cómo no murió de aquella hecha, según llevaba las espaldas.

MADRIGALEJO

¡Cómo en aquellas refriegas se ha visto el pobre de Madrigalejo!

MOLINA

Es verdad, que ansí lo decían, que otras dos veces le habían dado cien azotes.

MADRIGALEJO

Juro á tal ques la mayor mentira del mundo, y que al bellaco que tal inventó le haga conocer, de mi persona á la suya, que miente como un grandísimo tacaño.

MOLINA

Pues ¿no le pasó aquello en Granada?

MADRIGALEJO

Es así, y en el Burgo de Osma otra vez; pero otras dos veces, el que tal dijere véngase con espada y capa, veamos si me lo dice delante; y el que dijere que me dieron cien azotes también miente.

MOLINA

¡Cómo, señor, pues lo vimos tantos!

MADRIGALEJO

¿Contaron vuestras mercedes los azotes que me dieron?

MOLINA

¿Para qué se habían de contar?

MADRIGALEJO

Pues dígame agora: veinte y cinco paradas de cuatro en cuatro, ¿cuántos son?

MOLINA

Ciento.

MADRIGALEJO

Pues voto á tal, que no daba vez vuelta ó corcovo con el cuerpo que no le echase al verdugo un azote de clavo. Mire vuesa merced si en ciento si no fueron más de quince de menos.

MOLINA

No hay duda, sino que así.

MADRIGALEJO

Pues ¿cómo se puede decir con verdad que me dieron cien azotes, faltando al pie de veinte? Tampoco lo que el hombre no sufre por su voluntad no se puede llamar afrenta. Comparación: ¿qué se me da á mí que llamen á uno cornudo, si la bellaquería está en su mujer, sin ser él consentidor?

MOLINA

Tenéis razón.

MADRIGALEJO

Pues ¿qué afrenta recibo yo que me azoten, si es contra mi voluntad y por fuerza? Mas disimúlese, que aquel paje viene con el alguacil, y tome aqueste lío, y por otro tal, vuestra merced me abone y diga que me conoce.

MOLINA

Sí haré, señor, perded cuidado.

PAJE

Señor, aquel de aquel becoquín es el ladrón.

ALGUACIL

¿Qué hacéis aquí, gentil hombre?

MADRIGALEJO

Señor, estoy con este señor, que es compañero y de mi tierra.

ALGUACIL

¿Compañero vuestro es?

MOLINA

Sí, señor.

ALGUACIL

Vosotros ladrones debéis de ser.

MADRIGALEJO

Más ha de tres meses que no lo usamos.

ALGUACIL

¿Al fin usábadeso?

MADRIGALEJO

Vuestra merced lo dice.

ALGUACIL

¿Y de dónde sois?

MADRIGALEJO

Di que de Salamanca.

MOLINA

De Salamanca somos, señor.

MADRIGALEJO

Hijos somos de vecinos de Salamanca.

ALGUACIL

¿Y á qué venistes aquí?

MADRIGALEJO

Di que á ver la tierra.

MOLINA

Á ver la tierra, señor.

MADRIGALEJO

Sí, sí, señor, á ver la tierra.

ALGUACIL

¿De qué vevís?

MADRIGALEJO

Señor, somos oficiales.

ALGUACIL

¿Qué oficio?

MADRIGALEJO

Di que sastres.

MOLINA

Somos sastres, señor.

MADRIGALEJO

Sí, señor, maestros de tijera somos.

ALGUACIL

¿Jurarlo eis?

MADRIGALEJO

¡Jesús, señor!; sí cierto.

ALGUACIL

¿Qué de unas horas que sacastes á este mozo de la faltriguera?

MADRIGALEJO

¡Yo horas! Cáteme vuestra merced.

ALGUACIL

Esperá: ¿qué es esto? ¿Y vos no tenéis orejas?

MADRIGALEJO

Ni las he de menester, señor.

ALGUACIL

¿Por qué?

MADRIGALEJO

Porque me las quitaron.

ALGUACIL

¿Dónde os las quitaron?

MADRIGALEJO

Señor, en la toma de San Quintín, peleando, de una cuchillada me las quitaron ambas á dos.

ALGUACIL

¿Ambas de una cuchillada?

MADRIGALEJO

Sí, señor, y an cincuenta que tuviera, según andaba la revuelta.

ALGUACIL

Vos maraña traéis.

MADRIGALEJO

No, señor; aquí traigo el testimonio dello.

ALGUACIL

Enseñá.

MADRIGALEJO

Tome, señor.

ALGUACIL ¹

Señor Madrigalejo, hágame merced de venirse hacia Lantigua, por que hagamos partición de aquella bolsa que sangramos á la frutera.

ALGUACIL

¿Barbero sois de bolsas? Teneldo bien, y á esotro mirad lo que lleva debajo la capa.

PAJE

Lío de ropa me parece.

ALGUACIL

Amuestra acá.

MOLINA

Señor, en mi ánima que no es mío, que éste me lo encomendó.

ALGUACIL

¿Que os lo encomendó? En fin, compañeros sois.

MOLINA

Por mi salud que no es mi compañero; no lo vi en mi vida, si agora no.

ALGUACIL

Pues ¿cómo dijistes antes que era vuestro compañero?

MOLINA

Señor, por abonallo.

¹ Así en el original; pero claro es que debiera decir MOLINA.

MADRIGALEJO

Señor, en verdad sí es, y que las mejores piezas que en mi oficio sé él me las ha enseñado.

ALGUACIL

Yo lo creo; ¿y de qué oficio son las piezas?

MADRIGALEJO

De cortar de tijera; de subír de noche por una pared, aunque no haya candil, y de trastejar al mejor sueño del dueño de la casa, y de sacar prendas sin mandamiento, y de otras cosillas así manuales que pertenescen así para el oficio; y algunas veces hacer de un pedacillo de alambre una llave que hace á cualquier cerradura.

ALGUACIL

¡Buena habilidad es aquélla!

MOLINA

¿Yo? ¡Válate el diablo, ladrón!

MADRIGALEJO

En verdad, señor, la primera vez que me afrentaron en Antequera, él iba delante.

ALGUACIL

Asildos bien. ¿Qué va en este lío? Ganzúas son éstas.

MADRIGALEJO

Señor, él las hace por extremo.

MOLINA

¿Yo? ¡Justicia de Dios!

PAJE

Aquesas son mis horas, señor alguacil.

MADRIGALEJO

¿Sí? ¿Aquesas son tus horas? ¿En qué rezaba yo, ratoncillo?

ALGUACIL

¡Rezador está el tiempo! Tira con ellos, que allá les mostrarán otro oficio.

MADRIGALEJO

¿Y qué oficio?

ALGUACIL

Á remar.

MOLINA

Vamos, que yo daré tal testimonio de mí, que se aclare la verdad.

MADRIGALEJO

Una cosa terná segura, señor Molina, que en azotándole y estando tres ó cuatro años en servicio de Su Majestad en galeras, no terná más que ver la Justicia con él que el rey de Francia, y esto como testigo de vista.

ALGUACIL

Andad, andad, tirá adelante; no tantas palabras; estos bellacos tacaños.

FIN DEL PASO CUARTO

PASO QUINTO

MUY GRACIOSO,
AGORA NUEVAMENTE COMPUESTO
POR LOPE DE RUEDA.

INTRODÚCENSE EN ÉL LAS PERSONAS SIGUIENTES:

SIGÜENZA, *lacayo*. — SEBASTIANA, *mundana*.
ESTEPA, *lacayo*.

SIGÜENZA

Pasa delante, señora Sebastiana, y cuéntame por extenso, sin poner ni quitar tilde, del arte que te pasó con esa piltraca disoluta, amiga dese antuvia-dor de Estepa, que yo te la pondré de suerte que tengan que contar nacidos y por nacer de lo que en la venganza por tu servicio hiciere.

SEBASTIANA

Que no, sino cuál hinchiría su cántaro primero á la fuente, venimos á palabras y á las manos, y habiéndome rompido una toca...

SIGÜENZA

¡Ah, pese á la puta! ¿Por qué no me hallé presente?

SEBASTIANA

Me llamó de bordonera, piquera, y que su servilla valía más que todo mi linaje.

SIGÜENZA

¡Ah, putañona; como si yo nõ supiese que su madre fué una segunda Celestina!

SEBASTIANA

Y amenazándola yo contigo, me dijo: «Váyase el ladrón desorejado.»

SIGÜENZA

¿Que tal osó decir? ¡Ah, Dios, y cómo no se hunde la tierra!

SEBASTIANA

«Que si no se huyera de la cárcel como se huyó, le hicieran escribano real y le pusieran en la mano una péndola de veinticinco palmos.»

SIGÜENZA

¡Toma y si sabe de metáforas la poltronaza!

SEBASTIANA

Y otras veinte bellaquerías, que por no darte enojo dejaré de decir, amigo Sigüenza.

SIGÜENZA

Ya, ya; no me digas más. ¡Ladrón desorejado! ¿Y de dónde le han nacido alas á esa lendrosilla? Déjame con ella; pero quien viere un hombre como yo tomarse como una gallina, ¿qué dirá, habiendo conquistado los campos en Italia que todo el mundo sabe?

SEBASTIANA

La sucia, como te ve con ese becoquín de orejas y los lados rasos, atrévese á hablar, diciendo que te las habían cortado por ladrón.

SIGÜENZA

¡Ah, pícaral! ¿Por ladrón á mí? ¿No sabe Dios y todo el mundo que nunca hombre ganó tanta honra quedando sin orejas como quedé yo?

SEBASTIANA

Yo te creo; pero dime, señor Sigüenza: ¿cómo te lisieron de ellas?

SIGÜENZA

En el año de quinientos y cuarenta y seis, á nueve días andados del mes de abril, la cual historia se hallará hoy en día escrita en una tabla de cedro en la casa del Ayuntamiento de la isla de Mallorca, habiendo yo desmentido á un coronel, natural de Ibiza, y no osándome demandar la injuria por su persona, siete soldados suyos se convocaron á sacarme al campo, los nombres de los cuales eran, Dios les perdona, Campos, Pineda, Osorio, Campuzano, Trillo el Cojo, Perotete el Zurdo y Janote el Desgarrado; los cinco maté y los dos tomé á merced.

SEBASTIANA

¡Válame Dios, qué tan gran hazaña! Mas las orejas dime, señor, ¿cómo las perdistes?

SIGÜENZA

Á eso voy, que viéndome cercado de todos siete por si acaso viniésemos á las manos no me hiciesen presa en ellas, yo mismo, usando de ardid de guerra me las arranqué de cuajo, y arrojándoselas á uno que conmigo peleaba, le quebranté once dientes del golpe, y quedó torcido el pescuezo, donde al catorceno día murió, sin que médico ninguno le pudiese dar remedio.

SEBASTIANA

¡Válame Dios, qué golpe tan cruel! ¿Qué fuera si le dieras con piedra ó con otra cosa semejante, cuando con tus orejas tal le paraste? Mas ¿cómo dice aquella pulga que anduviste no sé en qué tiempo en las galeras por ladrón?

SIGÜENZA

¿Ladrón? ¡Ah, putilla, putilla, azotada tres veces por la feria de Medina del Campo, llevando la delantera su amigo ó rufián, por mejor decir Estepal! ¡Ah, Estepilla, Estepilla! ¿No vendrían á tus orejas semejantes palabras para volver por esa andrajosa y vengar este mi airado corazón?

SEBASTIANA

¿Ello es así que fuiste en galera?

SIGÜENZA

Es la verdad que anduve en la galera Bastarda contra mi voluntad no sé qué años. Mas, mirad: ¿qué va de ladrón á hombre vividor?

SEBASTIANA

¿Qué llamáis vividor, señor Sigüenza?

SIGÜENZA

¿No te parece que hartos buena manera de vivir salirse el hombre á la plaza de mañana y volverse antes de mediodía con la bolsa llena de reales, sin ser mercader ni tener oficio?

SEBASTIANA

Harto bueno es aqueso.

SIGÜENZA

Cata y pues por qué afrentan á un hombre de honra y le hacen semejantes injusticias, con usar mi oficio tan limpiamente como todos cuantos hombres de mi arte lo puedan usar, y an por ventura un poco mejor.

SEBASTIANA

¿Cómo limpiamente?

SIGÜENZA

¿No te parece que harta limpieza y destreza de manos traer cuatro ó cinco bolsas y faltriqueras á casa, sin comprar el cuero de que son hechas, y vaciar las tripas en mi poder?

SEBASTIANA

Oye, que Estepa viene.

SIGÜENZA

Por tu vida, ten, tenme esta espada.

SEBASTIANA

¿Para qué?

SIGÜENZA

Tenla tú y calla, que estos son unos nuevos términos que tengo yo en reñir.

ESTEPA

¡Ah, Sigüencilla! ¿Parécete bien de blasonar de quien vale más que tu linaje, ni poner lengua tras de ninguno?

SIGÜENZA

Yo, señor Estepa, ¿qué blasoné?

ESTEPA

Agradesce que estás sin espada.

SEBASTIANA

Tómala, Sigüenza.

SIGÜENZA

Quítamela delante, diablo, que yo la tomaré cuando menester sea.

ESTEPA

Di, bellaco: ¿no te parece que esa tu mujercilla no es bastante para descalzar el chapín de la mía?

SIGÜENZA

Espérese, señor, certificarme dello. ¿Es verdad lo que dice el señor Estepa, Sebastiana?

SEBASTIANA

¡Pues no será! ¡Si en mi vida le he visto traer chapines!

ESTEPA

Dejémonos de gracias, doña bruta, andrajo de paramento; y vos, don ladrón, tomá vuestra espada.

SIGÜENZA

Que no es mía, señor, que un amigo me la dejó con condición que no riñese con ella.

ESTEPA

Pues desdecíos, como á cobarde que sois, de lo que dijisteis delante de vuestra amiga.

SIGÜENZA

¿De qué, señor?

ESTEPA

De que me habían azotado en Medina del Campo, siendo la mayor mentira del mundo.

SIGÜENZA

¿Desdecirme? No, no; no me parece cosa suficiente; ¿qués de la espada?

SEBASTIANA

Hela.

SIGÜENZA

Quítala de ahí no la vea, que mejor será que me desdiga.

ESTEPA

Acaba, ladrón azotado.

SIGÜENZA

¿Ladrón azotado? ¡Sus!, perdóneme, que no me quiero desdecir.

ESTEPA

¿No? Pues aguarda.

SIGÜENZA

Téngase, señor, que yo me desdiré; pero ha de ser con toda mi honra, si á vuestra merced le placiere.

ESTEPA

¿De qué suerte? Veamos.

SIGÜENZA

Desta: ques muy gran verdad que lo dije como un grandísimo tacaño y que estaba borracho y fuera de mi seso; no hay más que tratar.

ESTEPA

Pues más habéis de hacer.

SIGÜENZA

Haré cuanto vuestra merced mandare.

ESTEPA

Que me deis la espada.

SIGÜENZA

¿Cómo daré lo que no es mío, señor?

ESTEPA

Digo que me la habéis de dar.

SIGÜENZA

Dádsela, señora Sebastiana, por amor de Dios.

ESTEPA

Esperá, que por fin y remate, habéis de recibir de la mano de vuestra amiga tres pasagonzalos en esas narices bien pegados.

SIGÜENZA

Señor, por amor de Dios, si puede ser, no sean pasagonzalos, sean pasarrodrigos.

ESTEPA

¡Sus!, arrodillaos, por que más devotamente los recibáis.

SIGÜENZA

Ya estoy, señor, arrodillado; haga de mí lo que se le antojare.

ESTEPA

Ea, dueña, ¿qué aguardáis? Dadle recio.

SIGÜENZA

¡Oh, pésete á quien me vistió esta mañana!

ESTEPA

Tened tieso ese pescuezo.

SIGÜENZA

Señora Sebastiana, *miserere mei*; pasito, no tan recio.

ESTEPA

Bien está; dejaldo para quien es; veníos conmigo.

SIGÜENZA

¿La moza se me lleva? ¡Ah, Sigüenza, Sigüenza! Igual fuera no desdecirte y reñir de bueno á bueno con este Estepilla, y no quedaras sin honra y despojado de moza y harto de pasarrodrigos. ¡Ay, narices más, que aun me duelen! En seso estoy de ponellas en un culo de un perro por que se ablanden. ¡Sus!, en seguimiento me voy de mi Sebastiana.

FIN DEL PASO QUINTO

PASO SEXTO

MUY GRACIOSO,
AGORA NUEVAMENTE COMPUESTO
POR LOPE DE RUEDA.

INTRODÚCENSE EN ÉL LAS PERSONAS SIGUIENTES:

DALAGÓN, *amo.* — PANCORVO, *simple.* — PERIQUILLO, *paje*
PEYRUTÓN GASCÓN. — GUILLERMILLO, *paje.*

DALAGÓN

¡Qué sea verdad esto; ribaldo tacaño!

PANCORVO

Sí, sí, pienso que será, pues vuestra merced lo dice. Déjeme por su vida; ábese de ahí.

DALAGÓN

En fin, que verdad es.

PANCORVO

¿Lo qué, señor?

DALAGÓN

¿Lo qué diz, qué? Comerme la libra de los turrone
de Alicante que estaban encima del escritorio.

PANCORVO

Eso no.

DALAGÓN

En fin, ¿que miento?

PANCORVO

Yo no digo que miente, sino que no es verdad.

DALAGÓN

¿Que no? Esperá un poco.

PANCORVO

¡Ahl, paso, señor; suélteme, que yo le diré quién se los ha comido.

DALAGÓN

Veamos quién; acabemos.

PANCORVO

Vuestra merced ha de saber que yo no, no; que yo..., quel... ¿Cómo se llama? El... ¿Cómo se dice? Desvíese un poco de la puerta, por que no nos oiga nadie, que Periquillo los ha traspuesto.

DALAGÓN

Cata qué dices.

PANCORVO

Sin falta; porque yo sé ques gran comedor de turrone. Mochacho que se los come sin pan delo á la gracia de Dios.

DALAGÓN

¡Periquillo!

PERIQUILLO

¿Quién llama?

PANCORVO

Salí acá, Periquillo; el señor es, que os quiere hablar en secreto.

PERIQUILLO

¿Qué manda?

DALAGÓN

¿Qué mando? ¡Toma, don bellaco, goloso!

PERIQUILLO

Y, señor, ¿por qué me da?

PANCORVO

Llevaos eso entretanto que lo sepáis.

PERIQUILLO

¡Válame Dios, señor! ¿No sabremos por qué me dió?

DALAGÓN

Porque os comistes...

PANCORVO

Sí, por eso, porque os engolistes...

DALAGÓN

¡Calla tú! Porque os comistes una libra de turrones que estaban encima del escritorio.

PERIQUILLO

¡Yo! ¿Quién lo dice?

DALAGÓN

Éste.

PERIQUILLO

¿Tú lo dices?

PANCORVO

Yo lo dije; pero no creo que será Periquillo, señor, porque es honrado mozo y no tiene menos que valer. Errado me [he], pecador de mí, que por decir Gasconillo dije Periquillo.

PERIQUILLO

En fin, que tu yerro había de caer sobre mis espaldas.

PANCORVO

Calla, hermanico, ten paciencia, que algún día pagaré quizá por ti.

DALAGÓN

Anda, pues, llama al Gasconillo.

PANCORVO

¡Gasconillo!

GASCÓN

¿Qui vos pras, qué volets? Aguardats un pauch.

PANCORVO

Creo que se los está comiendo; llámelo vuestra merced.

DALAGÓN

¡Gasconillo!

GASCÓN

¿Qué mandats, Diu hus de saylud tuta una mayssa-

da? ¡Crabes de Diu! ¿Qués acro, señor, que vos debí?
¿Por qué vos arrencorats contra mí?

PANCORVO

Déle, señor, déle, no pare, adelante; una primera,
otra por mí, que bien lo meresce.

GASCÓN

¿No me direts, si hupras ó si hupesa, por qué me
habets sacudits de su la costielles?

DALAGÓN

Porque os habéis comido los turriones de Alicante

GASCÓN

¡Jesu, Jesu! ¡Sancta Bárbera! ¿Yo turrions?

DALAGÓN

Sí, tú, turriones dencima del escritorio.

GASCÓN

¿E qui vo la dit?

PANCORVO

Yo sé quién lo ha visto.

GASCÓN

Per la San Diu que vos menties de sus lameyta de
la gorja, que yo no la manjat le turrions de les cri-
tiura: ¿vo la ve vist? Amor dis cans.

PANCORVO

No, no creo que es él, pues que lo jura. Perdona,
Gasconillo.

GASCÓN

¿Agaras me dicest pernonay chocarrayro, argines
de pan? ¿Paresce vo bona consecuensa?

PANCORVO

¿Deso te enojas? Antes te debes holgar por ello.

GASCÓN

¿E por qué me de folgiar?

PANCORVO

Porque ternás anticipado el recibo para cuando al
señor algo le debieres.

GASCÓN

Pillats le vos tan recebemento e botets le en vos-
tra causa; truncho de quiol, rabano de leytugas.

DALAGÓN

Acabemos ya. Pues dices que ninguno destes dos
se los ha comido, sepamos quién se los comió; salgan
estos turriones, si no yo te los sacaré de las costillas.

PANCORVO

No me perturbe vuestra merced, que yo se lo diré
punto por punto; espere, yo pienso justa mi concien-
cia... Ven acá, Gasconillo.

GASCÓN

¿E para qué me cramas?

PANCORVO

¿Paréscete á ti que se los ha comido Guillermillo?

GASCÓN

¿Gallamillo?, ¿el que me vinets á panar la botifarda annenyt de le gradielles?

PANCORVO

Así, á ése.

GASCÓN

Tú dices la vertá; ese la manjat.

PANCORVO

Ya ve vuestra merced cómo el Gasconillo dice que á Guillermitillo se los vió comer.

GASCÓN

Sí, Gallamillo.

DALAGÓN

Llámale, veamos si tenemos de desmarañar este negocio de turrões.

PANCORVO

¡Guillermitillo!

GASCÓN

¡Gallamillo!

GUILLERMILLO

¿Qué voces son éstas?

DALAGÓN

¿No saldrás?

GUILLERMILLO

Ya salgo. ¿Qué quiere, señor?

DALAGÓN

Lo que quiero es esto : ¡toma, don rapaz!

GUILLERMILLO

¡Ay, ay, señor, por amor de Dios!

PANCORVO

Déle, señor, no pare, pues por amor de Dios le pide.

GASCÓN

Botats ne mays, señor, an agoras pagarats le turriões e la botifarda tot en un cop.

GUILLERMILLO

¡Pecador de mí Señor, ¿á qué fin me dió?

DALAGÓN

¿Á qué fin, cara sin vergüenza?

PANCORVO

Bien lo sabréis, vergüenza sin cara.

GASCÓN

Carats, moyrro de fuyror, que señor vos o diray.

DALAGÓN

Á fin que se os puede fiar cualquiera cosa de comer.

GUILLERMILLO

¿Qué cosa?

DALAGÓN

¿Qué cosa? Dime, desvergonzado: los turrões que estaban encima del escritorio, ¿qués dellos?

GUILLERMILLO

¿Los turrone? Señor, ¿no me los pidió él que se los diese, y los encerró de su propia mano dentro del escritorio?

DALAGÓN

¡Por vida mía que dice verdá! ¿Habéis visto qué gran descuido que ha sido el mío?

GUILLERMILLO

¿Y paréscele bien haberme dado sin culpa?

PANCORVO

¿Y á mí molerme aquestas espaldas, que no parecía sino molino batán, según descargaba?

PERIQUILLO

Y á mí pajas.

GASCÓN

¿E qué vo parece de acro de aquestos negocios ó facendas, mustramo?

DALAGÓN

¿Qué me parece? Es porque no estéis quejosos de mí, que se partan los turrone en cuatro partes, y en pago de la disciplina se lleve cada uno su pedazo.

PANCORVO

Eso es, señor; en cuanto á su propuésito, aguarde un tantico. Mochachos, á consulta. Tú, Perico, ¿quiés turrone?

PERIQUILLO

Yo ni aun vellos.

PANCORVO

¿Y tú, Guillermillo?

GUILLERMILLO

Yo ni aun gustallos.

PANCORVO

¿Y tú, Gasconillo?

GASCÓN

Yo botats los fus la fiorca.

PANCORVO

¿Queréis que nos esquitemos todos de la paliza?

TODOS

Sí.

PANCORVO

¿Tú no le volverás tu parte?

PERIQUILLO

¡Pues no!

PANCORVO

Pues aguardad. — Mosamo, oiga, si manda.

DALAGÓN

¿Qué quieres?

PANCORVO

Allegue á conversación, que yastamos concordados.

DALAGÓN

¿Y es?

GASCÓN

Señor, acro es la concordanza : carayson, caralaysones, tomay manjar; ¿vos podies las turriones?

DALAGÓN

¡Paso, paso!

PANCORVO

¿Pasáis? Pues yo envido.

GUILLERMILLO

Yo lo que puedo.

PERIQUILLO

Yo lo que alcanzo.

FIN DEL PASO SEXTO

COLLOQUIO LLAMADO PRENDAS DE AMOR

MENANDRO y SIMÓN, *pastores*, y CILENA, *pastora*.

SIMÓN. Menandro, ya hemos llegado do podemos deslindar y dejar averiguado cuál es más aventajado y tiene más quesperar; que si Cilena, pastora, á los dos favor nos dió, á mí más me aventajó, pues aquella clara aurora su zarcillo mentregó.

MENAND. Si por combate ó razones la gran locura en questás, Simón, defender querrás, propón luego tus quisiones, porque á todo me hallarás. Dices que te dió un zarcillo de su oreja delicada y que á mí no me dió nada porque mentregó un anillo de mano tan alindada.